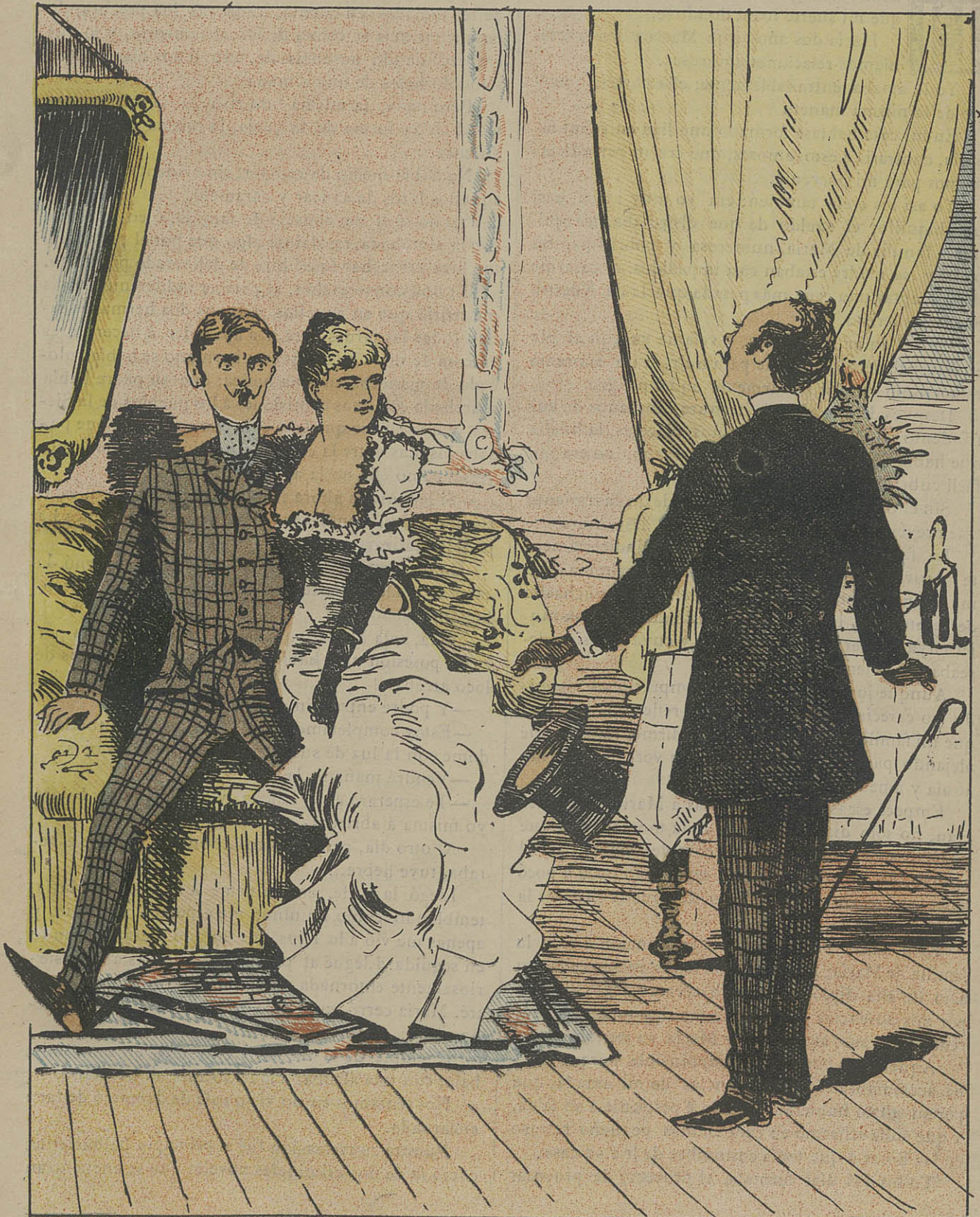


Se publica la correspondencia al Administrador D. G. Oster, Espíritu Santo, 18 — Madrid

# El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Subscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los correspondientes 2'50 la mano.



—Pero Julia! ¡A los cinco días de casados...

—Eso es para que no vuelvas á tener celos de mi primo Quico, á quien debes considerar como cosa mía.

## RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

## II

## Llanto de cocodrilo



ABÍAN ya llegado las cosas á un extremo, en que mi suerte iba á decidirse.

Hacía dos años que María y yo manteníamos relaciones amorosas.

Yo la amaba entrañablemente; ella parecía amarme de la misma manera.

En mi casa habíase formado una liga entre mi familia, contraria á estos amores, que creían perjudicialísimos para mi porvenir.

Yo así los creía también: era yo muy joven, casi un chiquillo; el sueldo de que disfrutaba, mezquino; la familia de María, numerosa y pobrísima. Su padre y su madre estaban casi impedidos: al casarme iba á aceptar una cruz más pesada que la de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero el amor me cegaba, y veíame ya con el pie en el resbaladero. Era tarde para huir, si un supremo esfuerzo no venía á salvarme de aquel peligro.

Después de dos años de ternura, dos años de sufrimiento mezclado de dulcísimos placeres, la huella que había dejado el amor en mi corazón, no era tan fácil cubrirla con el olvido.

Sin embargo, me aterraba la idea de un casamiento que prevía habría de labrar mi eterna desventura.

La familia de María me acosaba indirectamente, provocándome á una resolución extrema; yo me defendía como puede defenderse un muchacho de veinte años, inexperto y encariñado con una mujer cuya primera pasión era yo, y cuya posesión deseaba ardientemente.

Aunque joven y á semejantes impresiones sometido, no carecía del todo de alguna reflexión, y á poco que mi familia se esforzó en persuadirme, resolví irme alejando paulatinamente de aquella vorágine que me atraía y amenazaba tragarme.

Empecé escaseando mis visitas á María, que antes eran, no sólo diarias, sino de cada momento de que podía disponer, anulándome completamente para el mundo, del que me había ido separando poco á poco hasta concretarme al solo trato de aquella casa, de la que apenas salía.

Esto llamó profundamente la atención á toda la familia de María; pero creyeron todos, incluso ella, un acto de alta diplomacia no hacerme cargos severos por mis ausencias y mi desvío manifiesto; antes bien, redoblaron sus atenciones y María su ternura.

Aquello era para mí incomprendible, porque estaba acostumbrado á las exigencias de mi amada, que por su gusto hubiérame cosido á respunte á su falda, y que solía echarme en cara el más pequeño retraso en las horas á que tenía costumbre de ir á su casa.

Todos los días formaba el proyecto de provocar

una crisis final; pero paralizábase mi acción ante aquella actitud resignada de María, y aquella inalterable dulzura con que entonces me recibía, como si temiese que el más mínimo disgusto entre los dos precipitase un desenlace, que indudablemente veía ella muy cercano.

Seguro ya de que mis repetidas faltas no me habían de ser tomadas en cuenta, cada vez iba procurando ensanchar más la órbita de mi alejamiento, y lo que empezó siendo ausencia de uno ó dos días, acabó siéndolo hasta de una semana.

Pero nada, la misma cara risueña, la misma suavidad en la forma de la queja, la misma inalterable dulzura.

No había medio de romper, sin evidente crueldad, aquellos lazos de azúcar y caramelo.

Yo no sé si en consejo de familia, ó en consulta con la almohada, resolviere algo que por el pronto no me hizo sospechar fuese hijo de deliberado propósito.

En una conversación, al parecer indiferente, María me refirió que en aquellos días sus dos hermanas salían todas las tardes para ir á aprender á hacer flores en casa de una amiga; que su hermano se había colocado de mancebo en una botica; que su padre había marchado con unas comisiones á los pueblos de la Sierra, y que ella se quedaba sola con su madre, que pasaba los días entre la cama y un sillón, sin poder moverse, como ella no la ayudase.

—Si te vinieses ahora por las tardes, me dijo, estaríamos solos, como tanto has deseado, y nunca ha podido realizarse.

Confieso que aquella invitación me trastornó la cabeza, dando al traste con todas mis energías resoluciones.

¡Sola, sola María, aquella mujer hermosísima por cuya posesión tanto había suspirado en momentos de loco arrebato!

—Y podré entrar sin que nadie...

—Estoy completamente sola, me contestó inundándome con la luz de sus negros y voluptuosos ojos.

—Vendré mañana, la dije.

—Te esperaré en el balcón, y cuando entres bajaré yo misma á abrirte.

Al otro día, pensando en la ventura que me esperaba, tuve fiebre...

Llegó la tarde, encamineme á la casa de María, temblando como un niño; me esperaba en efecto, y apenas me vió á lo lejos, me saludó, desapareciendo en seguida. Llegué al portal; la puerta estaba misteriosamente entornada, la empujé con suavidad, y entré. María cerró, cuidando de no hacer el más pequeño ruido.

Cogiome de la mano, y entramos en una salita baja, con una alcoba, donde dormía su hermano.

Nos sentamos en un viejo sofá de damasco de lana encarnada.

Nuestra conversación fué al principio balbuciente, como la de dos criminales noveles que se encuentran

por vez primera en el terreno en que han de ejercer su innoble oficio. María, en su traje, en su mirada, en su sonrisa, llevaba la provocación.

Era verano, y sus hombros de deslumbradora blancura, redondos y mórbidos, y el comienzo de un seno alto y que parecía tallado en mármol, se veían apenas velados por una transparente gasa blanca con motitas de canutillo de azabache del mismo color. En sus rubios cabellos llevaba prendida una dalia roja, no tanto como sus labios gruesos, que encerraban una caja de dientes finos e iguales como las divisiones de una escala de marfil. Su traje de casa, de percal color perla, salpicado de menudas rositas, ceñíase á sus suaves contornos como los pliegues de la túnica de una estatua griega, sin ocultar detalle alguno de sus magníficas formas.

Sentía yo á su lado seco el paladar, palpitante el corazón, en revuelta todos mis sentidos.

Allí estaba el objeto codiciado durante dos años, sola, abandonada entre mis brazos, embriagándome con su aliento, abrasándome con su mirada, fustigando mi carne con su carne.

¡Qué quince minutos de delirio!

Quince no más; porque de repente, presentose ante mi imaginación todo el porvenir, con sus ineludibles compromisos, con sus aterradoras consecuencias, y tuve el valor, valor heroico, que hoy no comprendo, porque sólo veo á través de veinticinco años aquella escena, mil veces evocada por mis recuerdos, pero sin sentir aquellos otros movimientos de mi conciencia, que entonces me decía: «Un paso más, y has caído en el precipicio.»

¡Oh! sí, porque si yo no hubiese tenido el valor de arrancarme de sus brazos, María hubiera en breve llevado mi nombre.

Huí, huí como un loco de aquella casa fatal, donde una sirte encantadora me atraía hacia los escollos en que había de naufragar mi existencia.

Huí sin volver la cara, sin mirar á María, sin cuidarme de su despecho ó de su tristeza.

Pero su imagen me perseguía tenaz por todas partes, provocativa, burlona, terriblemente lasciva...

Volví por la mañana vencido, resuelto á dejarme atar de pies y manos con las cadenas de flores conque me brindaba.

No estaba sola. Su saludo fué frío, su sonrisa cáustica, su mirada desdeñosa.

Hablamos en familia.

Cuando me despedía la dije al oído:

—Espérame esta tarde.

—¡Cómo! ¿Para qué? me contestó con el gesto del más soberano desprecio

—Perdóname, María, y espérame.

—Te esperaré, me dijo por lo bajo, sí... no tienes tanta prisa como ayer.

En la vida de los hombres como en la de las mujeres hay un supremo instante que decide de todo un

porvenir. Desde que me separé de María entablóse una lucha feroz entre mi razón y mis sentidos.

La primera me decía: «No vuelvas.» Los segundos me gritaban: «Corre á sus brazos.»

Cinco horas de combate, sostuvo la razón contra la carne.

La razón triunfó. No fuí aquella tarde á casa de María.

Es más; resolví no volver.

Para mí, ir á verla, era casarme, había decidido huir de aquella monstruosidad.

Seis días después recibí una carta de María.

Me llamaba, quería verme, creía que la había abandonado para siempre...

Yo la contesté, citándola aquella noche á la ventana.

Estaba firmemente resuelto á cortar el nudo aquella noche.

¡Qué escena me esperaba!

Con una elocuencia que yo no sabría encontrar ahora, con una lucidez que jamás me he conocido, la expuse los peligros de aquellas entrevistas solitarias, la necesidad de separarnos, aunque viviésemos amándonos toda la vida á través de todos los acontecimientos de nuestra existencia.

María, con el cabello suelto, retorciéndose en un continuado sollozo, me oprimía entre sus brazos, me besaba loca, delirante, se me ofrecía de cualquier modo, como esposa, como manceba, como esclava... con tal de que no la abandone.

—Yo no te podré olvidar nunca, nunca, me decía: aunque tú huyas de mí, te seguiré mi pensamiento...

Y lloraba como una Magdalena, cubriendo mi propio rostro de lágrimas.

—Vamos, María, la dije, no seas niña; tú hallarás otro hombre...

—Calla, calla, me contestaba, poniendo su mano sobre mi boca; para mí han concluido los hombres, el amor, la juventud, y creo... que hasta la vida, porque yo me moriré de pena.

Me separé de ella con el corazón destrozado.

Había triunfado de mí mismo; pero había dejado en la lucha pedazos de mi alma.

Un mes entero transcurrió sin que la viese.

\* \* \*

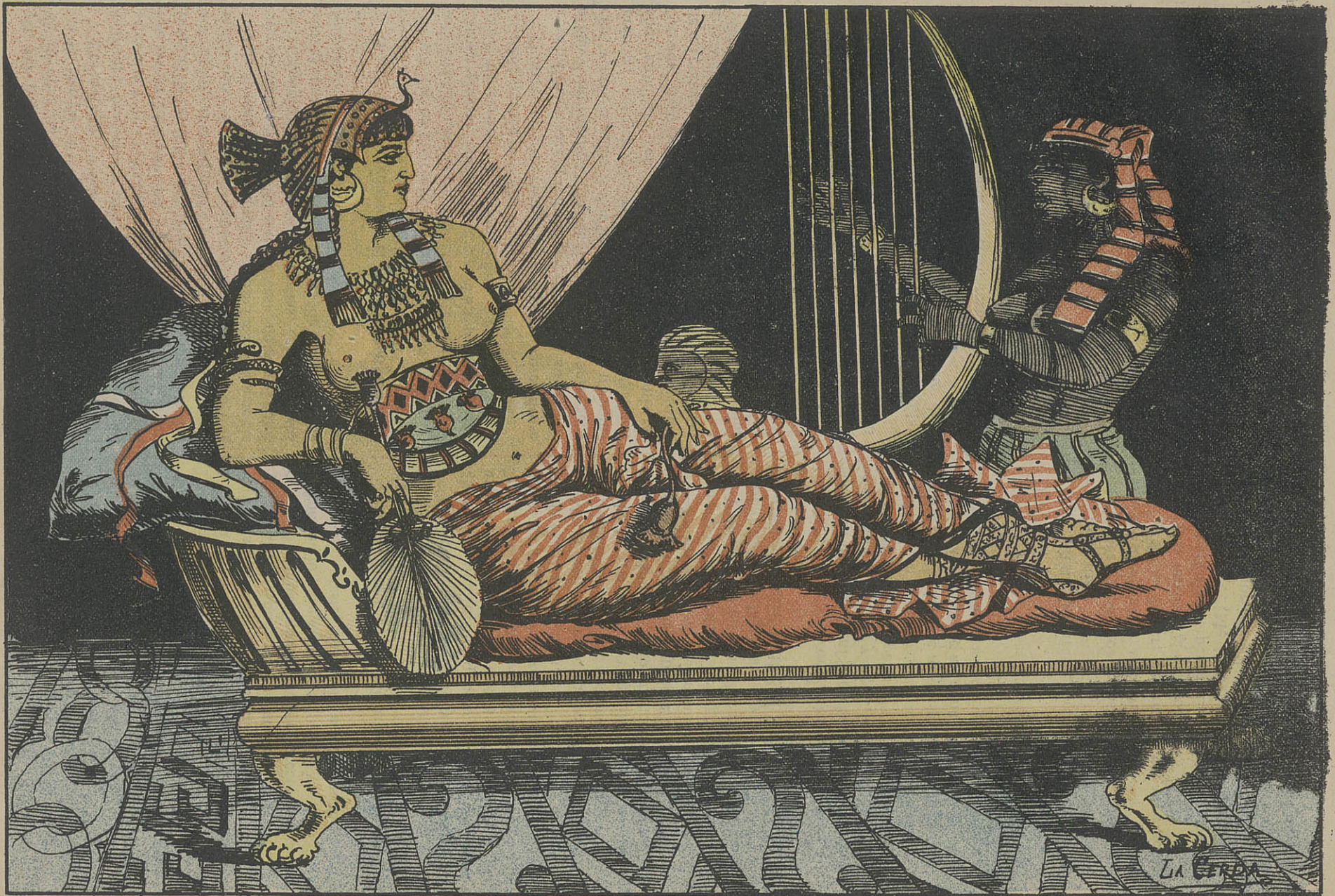
¡Qué mes! ¡Qué tremendo combate en aquellos largos treinta días!

Mil veces dirigí los pasos hacia su casa y otras tantas me arrepentí en el camino.

—Si al fin ha de ser, exclamaba yo, y ya he dado el paso más terrible, ¿á qué volver?

¿Qué hará ahora? pensaba. ¿Estará enferma? Llorará de seguro... Me llamará á todas horas con gritos ahogados, que sólo ella oirá... ¡Oh! soy más duro que las rocas; no tengo corazón, no tengo entrañas...

—¿Qué piensas ahí? me dijo la voz de un amigo



LA HIJA DE CHEOPS

una tarde en que, sentado al borde del mar sobre unas rocas, pensaba en ella, como siempre.

Sentose á mi lado, y mi corazón, que deseaba desahogarse, depositó en el de mi amigo toda la hiel de su amargura.

—¡Qué niño eres, y cuán pronto te puedo curar yo, me contestó sonriéndose.

—¡Curarme! Inténtalo, si puedes.

—Podré, me contestó. ¿Puedes esperarme esta noche, á las doce, donde tú quieras?

—Sí; á la salida del teatro,

—Allí estaré y hablaremos; hasta la noche.

\*\*\*

A la hora prefijada, mi amigo estaba á la puerta del teatro.

—¿Dónde vamos? le dije.

—A dar un paseo.

Y tomó mi brazo.

Por el camino fué pulsando, por decirlo así, mi corazón; enterose minuciosamente del estado de mi espíritu, vacilante entre el deseo de volver á María ó perseverar en mi salvadora resolución.

—Tú estás desesperado, me dijo; tú debes volver, tú debes seguir los impulsos de tu corazón, y casarte con ella. ¿No estriba en eso tu felicidad?

—Mi felicidad presente, aunque el porvenir sea todo lo infeliz que preveo.

—¿Crees tú que María no te habrá olvidado ya?

—¡Olvidarme! Ni tan pronto, ni nunca, nunca, amigo mío. ¿Pero dónde me conduces por aquí? Estamos cerca de su casa...

—Allá vamos.

—¿Para qué?

—Para arrojarte entre sus brazos.

—Crees tú que debo...

—Sí, hombre, curarte, curarte, porque si nó, te vuelves loco. No es ya sólo el amor lo que te arrastra hacia esa mujer; es tu conciencia; porque crees que la has hecho desgraciada, y quieres reparar tanto estrago, ¿no es eso? añadió cuando llegábamos á la esquina de la calle cerca de la cual estaba la casa de María.

—Sí, eso es; lo confieso.

—Pues voy á curarte: mira.

Y me empujó suavemente hacia la esquina.

—¿Qué ves?

—Un bulto en su ventana.

—Hace cerca de un mes que yo le veo todas las noches, cuando me retiro del Casino.

—¡Pero lo que tú crees es imposible...!

—¿Imposible? Permanece aquí un momento, y pon oído. Espera.

Mi amigo comenzó á andar al paso que solía, bastante lento siempre. Pasó por detrás del bulto y dijo en alta voz:

—Buenas noches, María.

—Buenas noches, Antonio, contestó una voz muy conocida por mí.

—¡Ella! exclamé: ¡ella hablando con otro hombre!

En aquel momento el hombre encendió un fósforo, cuya luz brilló algunos segundos, mientras el desconocido encendía un cigarro, é hizo saltar reflejos dorados de aquel bulto negro.

Era un militar.

Antonio dió la vuelta por la calle inmediata y se reunió á mí.

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras?

—¡Curado! contesté con voz sorda.

—Te lo había prometido. Ahora, vámonos

•••

Al día siguiente me hallaba tranquilo.

Tenía una noción más de la vida, que equivalía á diez años de experiencia.

E. DE LA CERDA

## UNA DIVA

Cuando Archibaldo Dagloss fué mayor de edad, y terminaron las fiestas con que se celebró este acontecimiento, y hubo visitado con su administrador sus quintas, aprobado varios planos de construcciones, y suscritose por algunos centenares de libras á todas las obras filantrópicas que le fueron indicadas, y comido con sus vecinos y bebido su cerveza y su claret añejos, y jugado al *croket* sobre el césped con las jóvenes *ladys* de cabellos flotantes, Archi, como familiarmente le llamaban sus compañeros de Eton, se sintió soberanamente aburrido; fué á pasar una temporada á Londres en su casa de West-End, que poco después confesó ser tan triste como Dagloss-Manor, que acababa de abandonar. Sin embargo, concienzudamente fué á Greenwich á comer *white baits*, y en Richmond, en Star Garter. Asistió á la ópera italiana, se mostró diariamente en Roten Row, *lunchó* en casa de la duquesa de D... y bailó sobre la hierba con la bella *lady Sempronia*. Después partió á Escocia para asistir á algunas cacerías, y dejó aquel país, como había dejado á Londres y Dagloss-Manor, profundamente triste.

Esto no era natural. Y en efecto, Archi vivía atormentado por una idea fija, una quimera impalpable, una ilusión creada por un recuerdo, que desde la edad de catorce años se había fijado en su cerebro, un poco trastornado. Esto había tenido origen una noche en los salones de su hermana, en los que se había introducido en medio del ruido de las conversaciones; una mujer había aparecido, y al punto reinó el silencio más profundo. Su cuñado la condujo al piano, y ella cantó. Archibaldo la oía aún, y cuando cerraba los ojos, volvía á verla también, con sus ojos de fuego,

su tez morena, su tentadora sonrisa; no la perdió de vista en toda la noche, y á la hora de la comida la vió mojar un bizcocho en un vaso de agua helada, mientras á su lado las jóvenes miss devoraban á mandíbula batiente sopa de tortuga, roasbeef sanguinolento, pudding de carne y pesados pastelillos... Aquel tipo de mujer que cantaba con voz apasionada, y que no comía, le impresionó para siempre; durante su permanencia en Londres, creyó muchas veces haber encontrado su bello ideal; en cuanto á la voz, se parecía á la de aquél, pero su acento apasionado, su pálido rostro, sus ojos de fuego, y sobre todo, el vaso de agua helada acompañada del pequeño bizcocho, era lo que no podía encontrar.

No consiguiéndolo allí, Archibaldo partió para Italia, y llegó á Milán, patria del canto. Sabía que en aquella ciudad es donde se hacen las contratas artísticas, y que la ciudad lombarda no es más que una inmensa agencia teatral donde vienen á hacerse oír todas las gargantas del mundo. Allí era, pues, donde debía volver á hallar su ídolo. Instalose en el hotel Cavour, en la plaza del Giardino Público, y se lanzó en medio del mundo de artistas, de empresarios, de profesores, bajo el pretexto de cantar él mismo.

Un día, la víspera de San Stéfano, Archibaldo, que conocía el entusiasmo de que estaba poseído Milán, salió para tomar parte en él. La multitud se ahogaba, gritaba, discutía en los cafés, en la plaza de la Scala, bajo la galería acristalada, á lo largo del Corso Vittorio Emmanuele, en la plaza del Duomo, delante del almacén del célebre confitero, en que se fabricaban en la época de Navidad esas inmensas tortas que se mandan á toda Italia. Un nombre estaba en todos los labios, pronunciado tan pronto con fanatismo, como con la expresión de una ardiente curiosidad.

Era el de la Nina, de sobrenombre la Diva Fanciulla, desde su estreno en la Pergola de Febrencia, cuando apenas cumplidos dieciseis años hizo su primera aparición, hacía diez. La Nina ha cantado en todos los grandes teatros de Europa; pero ha permanecido siendo italiana; así es que sus compatriotas orgullosos con la preferencia que les otorga, la llaman pomposamente *la Nostra*, por oposición á muchas cantatrices que cantan con preferencia en el extranjero.

Archibaldo se dirigió al teatro antes de la hora fijada. Se había contagiado de la fiebre general.

La platea estaba completamente llena; se hubiera podido arrojar á ella un alfiler sin que tocara al suelo. Todo aquel público hablaba con animación. Circulaban mil historias acerca de la Diva Fanciulla; se referían detalles de su infancia, sus rasgos de carácter, las pasiones que había inspirado, como se hubiera casado con el viejo príncipe Fedel, si hubiera ella querido (porque en Italia hay siempre un príncipe que se enamora de una cantatriz de nombradía y que la ofrece su nombre), y por qué se casó por amor.

Cuando se levantó el telón (se ejecutaba *Rigoletto*) el teatro estaba lleno completamente. En el gran proscenio de la izquierda, el príncipe Humberto y su Estado Mayor; en la inmensa platea del mismo lado, con sus espejos brillantes, sus lámparas encendidas y sus grandes sillones rojos, los húsares de Piacenza, resplandecientes con el oro de sus uniformes. La aristocracia ocupaba los primeros y segundos palcos; en los terceros y cuartos las clases se veían mezcladas; un club, extranjeros empresarios célebres, editores de música, profesores de canto... en el paraíso, en fin, se amontonaba la multitud, que después de cinco ó seis horas de espera bajo el peristilo de la Scala, había logrado entrar. No era ésta la parte de público menos apasionado; aquellos espectadores habían cenado allí mismo, embutidos, pasteles y naranjas.

Cuando la Diva Fanciulla apareció, todo el teatro rompió en aplausos ensordecedores, que duraron por espacio de diez minutos. La Diva envió besos á todo el mundo, al patio, al príncipe Humberto, á los húsares de Piacenza, á todos los palcos. Durante el espectáculo, el entusiasmo fué en crescendo y después del cuarteto célebre, en que Gilda, en traje de hombre, terciopelo y seda color violeta, canta la desesperación de la mujer engañada, cuatro hombres condujeron á la escena un ramillete colosal, donde se abrían quinientas camelias y otros tantos capullos de rosas, y todo él rodeado de una ancha faja de violetas de Parma. Era el regalo de bienvenida, que hacían los húsares á la divina niña. Llamáronla hasta una docena de veces á la escena, después de lo cual, cada uno dejó el teatro para retirarse á su palacio ó á su guardilla. La mayor parte del público fué al café Cova, á Martini ó á la Academia, para dar rienda suelta á su entusiasmo musical, mientras bebían limonada granizada.

En cuanto á Archibaldo, soñó con la carita pálida de Nina, con sus grandes ojos negros y su perfilada nariz, sus posturas lánguidas, su porte distinguido, sus delgadas manos... ¿Por qué se había casado esta criatura ideal, casi aérea? Archi no lo comprendía.

Al día siguiente la encontró en casa *del Príncipe*. Su vestido de terciopelo color pensamiento barría las gradas de mármol. La saludó como hubiera saludado á la misma Graciosa Majestad Victoria; ella le devolvió su saludo con una sonrisa; la vió subir á su carruaje; su marido que la había esperado en la calle, la abrió la portezuela. Era un, al parecer, hermoso napolitano de cabello negro partido por una blanca raya, y con grandes bigotes... Aunque eran apenas las once de la mañana, llevaba guantes gris perla y pantalones color de melocotón.

La Nina había alquilado para la temporada un cuarto amueblado en el Corso Vittorio Emmanuele en la casa del gran Mercurio... Archi conocía á uno de los que vivían allí, y que era íntimo de Nina, y el mismo día, después de la repetición de la ópera, presentó al joven inglés á la italiana.

Estuvo encantadora; se rió mucho para enseñar sus dientes, dejó ver su pie y se colocó á media luz; tenía el aspecto de una mujer gastada; á su palidez amarillenta faltaba ese aterciopelado que es la frescura de las morenas. Pero Archibaldo no vió en ella más que sus ojos, semejantes á dos estrellas. Se le invitó á volver algunas veces... Todas las noches de ópera iba á la Scala, y todos los días en casa de la diva, do modo que pronto fué *de los de la casa*.

Cuando iba á los dos, la Nina y su marido no se tomaron ya el trabajo de ocultar la botella de Barbera y los groseros vasos en que lo bebían hasta los bordes. En la comida de las cuatro, á que asistía algunas veces, Archi pudo ver cómo la diva Fanciula tragaba largos macarrones con la mismo destreza de un lazzarone napolitano lo que era un horror para un inglés. Comía con su cuchillo, picaba bizcochos en su vaso, que comía con lo primero que tenía á mano, un monda-dientes ó una horquilla...

Sus vestidos, brillantes y lujosos los primeros días, fueron decayendo, y acabó por recibir á Archi en matinée. Los chicos lo habían llenado de manchas; había en él un poco de todo, leche, café, yema de huevo, manchas de esperma de bujía... El encaje que lo adornaba se veía desgarrado en algunos sitios y el forro descosido dejaba entrever el algodón de que estaba guatado, la tela ofrecía un aspecto parecido.

¿Por qué, en lugar de haber nacido á orillas de la Magellina en Nápoles, no había visto la Nina la primera luz en Génova? Indudablemente hubiera sido más cuidadosa de su persona. Aquellas muchachas no tienen nunca más que una camisa, pero siempre limpia. Ellas mismas la lavan todas las noches, y en cada ventana, en las calles donde abunda la gente pobre, veis por la mañana temprano secarse al sol y al aire esta indispensable prenda de vestir... ¿Pero, y por la noche...?

Preguntad á todos los que han visitado la Real Saboya y os dirán lo que piensan de la limpieza de sus mujeres: os contarán maravillas.

Todo está en armonía: habitación desordenada, vestidos de mal gusto, hábitos mezquinos, comidas endiabladas; en la calle, colas de terciopelo que arrastran, sombreros blancos, manteletas de encaje... En casa, una miserable falda, un viejo cuerpo descosido, al cuello un cintajo retorcido. Alrededor de la prima donna una familia entera.

El padre, la madre, hermanas, ó muy jóvenes ó muy viejas, un hermano *canonico* ó *abbate*, en los que se ve la sotana raída, el guardapiés corto de Zerlina ó la manta abigarrada de Azuzena... proclamando todos como endemoniados la superioridad de su *Pepina* ó de su *Assunta*, sobre todos las cantatrices del globo.

Entre esta gente sabíase lo rico que era el inglés, así le trataban con marcada deferencia. La misma Nina, que al principio lo había tomado á risa, tuvo

noticias tan exactas acerca de su fortuna por un húsar de Piacenza, cuya hermana estaba casada en Londres, que se sintió como desvanecida; el marido se alejó cada vez más de la casa á la hora en que Archi tenía costumbre de ir á ella.

Una noche estaban los dos solos: ella le escuchaba con los ojos dilatados, la boca entreabierta, temblorosa... cuando de repente *el marido* salió de detrás de una cortina.

—¡*Traditore!* exclamó adelantándose hacia Archi con los ojos centellantes, *io voglio li tuo sangue...*

—Está bien, dijo Archi. Nos batiremos cuando queráis.

—*Che... che...* dijo el *marito* con esa entonación de voz especial que hace la desesperación de los extranjeros. Pero aunque me deis vuestra sangre no me devolveréis mi honor.

—En fin, ¿qué queréis?

—¡Eh, *caro!* contestó el italiano con el tono de la más perfecta intimidad. Cuando se rompe un vaso, se paga.

—Entonces, ¿cuánto...?

*Il Marito* pronunció una cifra considerable.

—Sea, dijo Archi con repugnancia: la tendrás, pero antes serás castigado como mereces.

Y Archi levantó su bastón y lo sacudió con todas sus fuerzas en las espaldas del *marito*.

Esperaba algún acceso de ira y se disponía á la defensa, cuando el napolitano, saludándole humildemente, le dijo:

—*Bastonate mi... bastonate mi... Ma date quatrini... date quatrini... Et cosa volete caro amico... Cosa volete voi altri grand signori forestieri avete grand cuore. Ma noi altri poveri... siamo awiliti dawero... Bastonate mi... bastonate mi... ma date quatrini... date quatrini...*

Archi se detuvo cansado de pegarle.

Al otro día pagó y se volvió á Inglaterra.

Después de este viaje, prefiere las mejillas sonrosadas de sus compatriotas, á la tez morena de las extranjeras. Hace poco se ha casado con una hermosa y fornida escocesa... que no canta.

N.

## COQUETERÍA

### UN CONSEJO Á LAS JÓVENES

por ELISA R...

#### CAPITULO I

##### Un áspid bajo una rosa

Era una de esas calurosas tardes de los trópicos, en que, la tierra abrasada durante el día por los rayos casi perpendiculares del sol, se asemeja al pavimento de un vasto horno recién apagado, notándose al caer

sobre ella las primeras gotas de rocío. un vapor pegajoso y sofocante, que á manera de niebla, se levanta ocultando los lejanos montes y las dilatadas llanuras cubiertas de vegetación.

A un cuarto de legua de la Habana, y en medio de un espeso bosque de plátanos, que casi la ocultaban por completo, había una quinta de recreo, perteneciente al rico colono D. Andrés Rovira, padre de la más hermosa criolla que pisaba el suelo cubano.

En la tarde á que nos referimos, tarde de un día, cuya fecha no nos importa, Eugenia, que así se llamaba la hija de Rovira, mecíase muellemente reclinada en una hamaca, tendida debajo de algunos torcidos y frondosos ceivos, que confundían sus ramas, formando una bóveda natural de follaje, y atada á los troncos de dos palmeras, únicos árboles que sobresalían de la casi uniforme altura de los plátanos.

Eugenia contaba apenas 16 años; pero por esa rara precocidad con que se desarrollan las mujeres en aquel país, ostentaba toda la perfección de formas de una mujer de 20, en nuestro clima templado.

Su rostro, ovalado y perfecto, estaba cubierto de esa natural palidez que se nota en las criollas y que, en general, procuran hacer desaparecer más que en ninguna otra parte, bajo afeites y pinturas, no tanto por vanidad, como por disimular el color moreno de la tez, que da lugar á maliciosas sospechas, acerca de la pureza de sangre de la que no ha tenido la fortuna de nacer blanca como el armiño.

Eugenia era una excepción de la costumbre; bien, que todo su prurito consistía en mostrarse excepcional en todo.

Sus peinados jamás eran los de moda, sino caprichosas invenciones suyas, aunque elegantes y graciosas, sus trajes, exagerados, hasta el punto de llamar la atención, mas sin tocar en lo ridículo; sus maneras, afectadas, pero llenas de un encanto irresistible; su conversación, ligera y sin fundamento, pero jovial y divertida, por lo que las mujeres la calificaban de casquivana, y los hombres de adorable.

Es muy fácil á cualquier mujer el atraerse la atención del mundo; pero atraérsela para hacerse admirar, es asunto que requiere mucho estudio, y sobre todo, muchas dotes personales, cuya falta suele hacer estéril el trabajo de la que desea ser el blanco de la envidia de las mujeres y de la admiración de los hombres.

Eugenia reunía, á su mérito personal, un perfecto conocimiento del arte de agradar; ese arte tan seductor si se encamina á grangearse la voluntad de todos, tan temible como el de la guerra, si lo emplea una mujer para hacer juguetes de su capricho, á los que, vencidos por su atractivo, van á postrarse ante el carro de la inexorable diosa.

Eugenia era coqueta; pero coqueta en toda la acepción de la palabra. Su mayor placer consistía, en atraer, consentir y despreciar.

Este es, en realidad, el sistema de la coqueta.

Una mujer de esta clase no teme la desertión de

sus adoradores, porque cuenta con un auxiliar poderoso: «la vanidad del hombre.»

Aquella mujer es un galardón que todos esperan á la constancia, y marchan resueltos á su conquista, al grito entusiasta de su amor propio.

La coqueta, sólo tiene un enemigo temible: la primera cana; pero como un valiente veterano, cubre aquella herida y hace heroicos esfuerzos para sobreponerse á este revés, hasta que, al fin, cae aniquilada bajo el rudo golpe de los años, que dejan abiertas en su rostro venerables cicatrices, que no se borran jamás.

Entonces llora sobre las ruínas de sus pasadas glorias, esas lágrimas de hiel que acibarán el resto de sus días y tornan su carácter alegre en el áspero é irascible de la solterona desdeñada.

Eugenia entraba ahora en esta carrera, y no hacía tales reflexiones.

Veámosla, si nó, recostada en su hamaca, revolviendo en la imaginación mil diabólicos proyectos de seducción para aquella noche en que debía asistir al magnífico baile que se daba en la posesión de los capitanes generales de Cuba, la quinta de los Molinos.

La que lea estas líneas y esté adornada de las brillantes cualidades de Eugenia, no extrañará el que diga, que, aquellos aprestos de seducción, los hacía una mujer formalmente comprometida y en víspera de un enlace.

Eugenia estaba pedida por un joven que la amaba, y cuyas palabras había escuchado, más bien inducida por su padre, que veía en este enlace un porvenir feliz para su hija, que porque su corazón hubiese correspondido á aquel amor, sentimiento que no conocía, que, según ella, ni quería experimentar.

Más adelante podremos conocer sus inclinaciones, si es que se puede conocer el corazón de una coqueta, abismo insondable, atmósfera inconstante, planta exótica, importada del infierno para envenenar con su savia las tiernas raíces de las plantas que crecen en derredor suyo.

Era el mes de Julio y se preparaba un baile.

En la Habana se baila todo el año.

No hay gente más bailarina que los cubanos; el baile es para ellos uno de los mayores placeres.

Desde el rico hacendado de vientre voluminoso, grave apostura y andar majestuoso, hasta el infeliz negro, que olvidaba antes las llagas de sus cadenas y las cicatrices de los latigazos, revolviéndose como un mono sabio, al son de la *tumba* y la *marimba*, todos bailan, es decir, se entretienen en olvidar que son hombres, para convertirse en monigotes de organillo.

Se acercaba la hora.

Las siete dieron pausadamente en un reloj situado en la sala baja de la quinta, y á cada vibración de la campana, respondía Eugenia con un movimiento de impaciencia, como quien ve trascurrir un tiempo fijado para algún acontecimiento.

(Continuará.)

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

